

## NUESTRO RETORNO

Cada vez que se reinicia esta publicación, involuntariamente, nuestro recuerdo desanda los años y torna a la época de su nacimiento. ¡Qué próxima y qué lejana está esa fecha!

El país estaba convulsionado. La elección presidencial preocupaba no sólo a los políticos de profesión sino a todos los chilenos. La aristocracia, para sobreponerse una vez más al pueblo, recurría a los medios más decisivos; encarcelaba agitadores, clausuraba salones obreros, despedazaba imprentas, saqueaba un Club de Estudiantes y arruinaba al país, ejecutando una movilización militar que no se apoyaba más que en razones políticas.

Quería la aristocracia seguir gobernando con exclusión absoluta de elementos de otras clases. En cambio, el pueblo luchaba porque sus hombres fuesen admitidos en la administración pública.

A pesar de la tiranía intensa y extensa que entonces imperaba, se impusieron las peticiones populares, y la aristocracia que había dominado durante un siglo, pasó a segundo término.

CLARIDAD nació como órgano de los descontentos.

La juventud, siempre expuesta al entusiasmo, estaba pendiente de Rusia trastornada enteramente por su maravilloso experimento revolucionario. CLARIDAD compartía el entusiasmo de la juventud y exparcía las ideas avanzadas.

Después ese núcleo de jóvenes, perdido el entusiasmo, se incorporó al rebaño pasivo y gris de la masa indiferente. CLARIDAD adoptó una actitud de mayor independencia. Desde su posición juzgó los acontecimientos sin sumarse a ellos. Tal vez su punto de vista fué excesivamente negativo.

Hoy, sin abandonar ninguna de sus ideas fundamentales, pretende realizar una labor de mayor beneficio cultural. Quiere que junto al poema, al cuento y al artículo de actualidad, vayan estudios, comentarios y noticias que traduzcan todas las inquietudes del mundo.

CLARIDAD desea, pues, ser el órgano de todos los que quieren incrementar la cultura.

Nombrará corresponsales en los diversos países sudamericanos que, al mismo tiempo de informar sobre las cuestiones más importantes, cooperen a la mutua comprensión de estos pueblos.

Esta labor que viene a transformar un poco su carácter habitual, la obliga a aparecer sólo una vez al mes. Sin embargo, si el público responde a los propósitos de sus redactores, podría salir quincenalmente.

El presente número hablará por nosotros.

## 1.º DE MAYO

### I

Dijo bien el que dijo: "No he visto pueblos libres; he visto hombres libres".

Y es que, en realidad, del pueblo solamente parece existir el concepto. Esto, en cuanto a espíritu; en cuanto a materia, el pueblo existe. Lo que el político burgués llama "pueblo soberano", el socialista "pueblo consciente de sus derechos" y el fraile "pueblo creyente y sumiso", es una masa informe, bestia de muchas cabezas, instintiva y brutal, que tiene en sus gargantas voces de respuesta para todas las voces que llaman. El pueblo nunca obra en conjunto ni por decisión propia. Carece de inteligencia. La palabra azuzadora de los hombres, restallando como un látigo sobre sus lomos de monstruo, es lo único que lo impulsa. Y en el instante en que se mueve, sirve, como el barro en manos del alfarero, para hacer de él lo que se quiera: un florero o una salivadera.

Irá donde le lleven. Tanto a una trincheira como a una barricada, a un templo como a un mitin.

Hoy, posiblemente, irá al mitin.

### II

Un sólo día en el año, el 1.º de Mayo, muchos obreros, oyendo la voz de los agitadores, recuerdan su calidad de hombres. En el resto del año, este pensamiento no fué a ellos. Pero hoy, sí. Abandonarán su trabajo e irán por las calles en tropel negro, gritando, gritando lo que oigan gritar a los demás: cualquier cosa.

Pero su dolor, ese dolor angustioso de todos los días, tapado con vino y borrachera, no aparecerá en sus exclamaciones.

Terminado el desfile, retornarán a los conventillos, con el aspecto de animales tristes, cansados de gritar. Reanudarán al otro día su trabajo, olvidando de nuevo su condición de hombres, hasta que la voz agitadora venga de nuevo a recordárselo.

Alguno llevará en su corazón, como algo que rompió la monotonía de su mudez espiritual, una verdad sencilla, escapada de los labios de algún profeta rojo. Germinará en su vida y le hará reflexionar. Pero cuando reflexione, ya no formará parte del pueblo. Será un hombre libre en formación.

## CONSIDERACIONES SOBRE NUESTRA POLITICA

### A MANERA DE PREAMBULO

En el Africa hay enfermedades autóctonas que son sucias e irremediables; entre nosotros su equivalente es la política. La política puede, en nuestro país, hacerlo todo, menos lo bueno y lo justo; puede transformar a un agiotista en hombre honrado, prestigiándolo con situaciones de responsabilidad; puede dar patente de culto y talentoso a cualquier hospicio con apellido de abolengo; puede realizar, sin asombro de nadie, inauditas transmisiones de valores — personales y corporativos —, de principios y de intereses, sobre todo de intereses. El telón de fondo del juego político lo forman generalizaciones románticas, en las cuales, el político, por supuesto, no cree, o cree poco. La soberanía republicana del pueblo, la libertad democrática, la igualdad justiciera, son, sin duda alguna, conceptos hermosos; pero, hasta hoy, entre nosotros, meros conceptos, meras palabras de efecto. En resumen, humo, nada. Y el verdadero pueblo, el gimiendo montón de harapos y rebeldías empieza ya a comprender que todo lo que le cantan para las elecciones es mentira, que no hay democracia, que no hay libertad, que no hay nada. El privilegio colonial, la absurda e irritante desigualdad ante la vida y ante la ley, subsisten a pesar de los declamatorios postulados de la Constitución, a pesar del predominio de las ideas liberales, a pesar del tiempo que tantas cosas inútiles y malas se lleva. "Eso sería ayer — nos dicen algunos —; ahora las cosas van a cambiar. La oligarquía clerical ha muerto; el pueblo se ha impuesto por fin y va a reinar". Veamos, someramente, lo que ha pasado.

### LA OLIGARQUIA Y EL ARRIBISMO

Es motivo de admiración, para todo turista que nos visite, la estabilidad de nuestras instituciones públicas. De ella, deducen, que nuestras instituciones son excelentes, y que nuestro pueblo es un dechado de virtudes republicanas. La causa de nuestra apacible vida política debe buscarse, sin embargo, en otra parte: en la persistencia de una oligarquía activa y en la pasividad fatalista del pueblo. La primera, sacudió el tutelaje español organizó el Estado y lo gobernó sin interrupción desde O'Higgins, el soldado de la Independencia, hasta Sanfuentes, el hacendado sin escrúpulos. Los movimientos civiles que a veces — muy pocas — han sacudido nuestra historia, fueron disputas de banderías ambiciosas dentro de la misma casta oligárquica. Civiles y militares lucharon sordamente en un principio, aquí, como en toda la América emancipada, por adueñarse del poder. Triunfó Portales; y el partido pelucón, estableció en 1833 una Constitución definitiva, empujando en su espíritu autoritario.

Afirmaba Victor Hugo que una ley es un arma. Y un arma no vale por sí misma, sino por la mano que la esgrime. En manos del Partido Conservador la Constitución del 33, fué un arma de represión violenta esgrimida contra los pipiolos que exigían mayor lealtad a los principios libertarios de la Revolución. La juventud ilustrada, los hijos espirituales de Quinés y de Michelet, agitaron la opinión contra el Gobierno. Se exparcieron ampliamente las verdaderas ideas liberales, y comenzó a apuntar en algunos espíritus la utopía social. Pero el pueblo no estaba preparado aún para comprender la prédica de tribunos ardientes como Bilbao, el agitador. Se movía sólo la espuma brillante de la sociedad; la multitud, la nación, permanecía en su quietismo tradicional. La crisis interna de la oligarquía dominante, el recelo de las facciones y de los partidos, se intensificó en 1891. El "cesarismo democrático" de Balmaceda la amenazaba en sus ideas, desconociendo el valor de

### III

¡Hombre libre! Por tí el exaltado revolucionario rompió sus uñas haciendo barricadas y el sabio gastó sus ojos buscando en los libros la verdad de la vida humana.

No estás entre las filas del pueblo ni entre los idólatras del trapo rojo o del trapo tricolor. Flotas sobre todo eso, con tu gran alma pura, libre de mezquindades, libre del sectarismo conservador o revolucionario, libre de la sensualidad de los falsos profetas.

No es este día tu día. Hoy es el día de los esclavos. No es ni siquiera el día del pueblo libre, porque el pueblo no tiene libertad ni conciencia de ella.

Los hombres lo llevan, los hombres lo traen. Cada uno tiene su discurso para atraerlo. Nadie le enseña a ser libre. Todos quieren encadenar la bestia y tenerla a su disposición para distintos fines.

—¡Sé patriota, pueblo!— gritan algunos.  
—¡Pueblo, sé socialista! — claman otros.

Pero nadie le dice:

—¡Pueblo, sé libre!

su supremacía, y en sus intereses, perturbando las combinaciones de la bancocracia.

Única revolución criminal, hecha por la oligarquía y para la oligarquía, interrumpió el desarrollo de la República, anarquizó las finanzas, empobreció el crédito.

El pueblo, por su parte, siguió a uno u otro bando, en calidad de comparsa, sin entender bien de qué se trataba. No comprendía las sutiles argucias del parlamentarismo. Para él, la Revolución fué el desorden, la violencia demagógica, el oscuro desentreno de los instintos. Mientras la oligarquía se perpetuaba en el Gobierno, el pueblo de las ciudades se perfeccionaba y se adentraba. La miseria, las crisis industriales, abrían fácil camino a las ideologías socialistas. Comenzó así esa confusa germinación de la conciencia popular que alcanzó su intensidad máxima en las postrimerías de la administración Sanfuentes. Era un movimiento de finalidades confusas. Las ideas más autonómicas, los programas más diversos, los intereses más contradictorios convergían a él, y cooperaban a su expansión. En medio de los conceptos vagos y de la retórica estridente de los comicios, se precisaban objetivos: abolición de la oligarquía, democratización de las instituciones, justicia social.

Los anhelos informes de la multitud necesitaban un hombre que los concretara; las pasiones del pueblo necesitaban un tribuno que les diera orientación. Ese hombre y ese tribuno fue don Arturo Alessandri. Desde que comenzó su candidatura fué combatida acerbamente por los partidos conservadores, por lo que él, en sus arengas cotidianas llamaba: "Canalla dorada". Acompañándolo, estaban todos los elementos nuevos de Chile. Su triunfo no fué el triunfo de la Alianza Liberal, sino el triunfo de la voluntad popular; llegó a la Moneda no por la fuerza legal de los escrutinios, sino por la fuerza impositiva de las muchedumbres. La oligarquía conservadora, en tanto, aprestaba sus defensas. No habiendo podido triunfar en los comicios se preparó a obstruir desde el Senado. Las energías renovadoras que se esperaban del Presidente, no se manifestaron. Sólo en el último tiempo, cuando un amenazante desprestigio empezaba a cubrir la actual Administración, el señor Alessandri, recobró sus bríos jacobinos de candidato.

Y ¿para qué? Para que en las elecciones triunfara la Alianza Liberal. El Presidente cree que con una mayoría homogénea en ambas Cámaras podrá realizar los diversos puntos de su programa. Ya lo tiene, — y abrumadora—. Los partidos oligárquicos y clericales han sido revolcados, deshechos, y al parecer, para siempre jamás. Los que gobernaban a Chile con criterio de capataces o de sacristanes, los aristócratas roídos de podredumbre y de catolicismo que se creían dueños del Estado. Todo eso está bien, muy bien. Hay que limpiar la República de cómicos morales, de frailes, de latifundistas, de agiotistas. Pero los que suben ahora, los novísimos redentores del pueblo, ¿no serán como el lobo de la fábula, aquel que se cubría con una piel de oveja? Nuestros temores crecen al contemplar la nueva mayoría parlamentaria: masa amorfa, mal oliente, facinorosa, de mediocridades y de immoralidades. Frente a ella, decimos, tenemos que decir: ¡No! Estos tampoco harán nada. Son como los otros, cotizables, mezquinos. Los otros representaban su apellido; éstos representan su ambición; aquellos eran el conservantismo; éstos son el arribismo. El pueblo no entra para nada en sus cálculos; hay que aprovechar los tres años, llenarse la bolsa, colocar a los amigos. Después, aunque venga el diluvio, no importa.

Todo eso pasará, tiene que pasar. Y es que la renovación de un país, el cambio de ideas directrices, la depuración de los hábitos cívicos, no se puede realizar de un día para otro.

Es obra lenta, de generaciones. Y se realiza en la escuela, en la casa, en el trabajo. Los políticos cambian las fórmulas, el aparato exterior, lo que es adventicio y decorativo; la transformación de espíritu de una sociedad — cambio de costumbres, renovación de conceptos fun-

damentales, purificación de sentimientos — corresponde a la escuela, a la cultura. Poco a poco, van aumentando los hombres libres, sanos y fuertes. Un día serán mayoría, y entonces...

EUGENIO GONZALEZ.

## DE LA HORA QUE RUEDA

ALGO MAS SOBRE UNAMUNO.—

Es posible que en Chile no nos expliquemos bien a Unamuno. Y es que Unamuno, por sobre sus bizarrías doctorales y sus estridencias de ateneísta es un hombre y un escritor en la más noble plenitud de estos vocablos. Aquí donde decir la verdad es sinónimo de no saber vivir, tiene que sorprender la integridad moral del ingenioso hidalgo vizcaíno que arremete, pluma en mano, "contra esto y aquello". Nuestros escritores hasta se deben reír de su actitud ante la época y su medio, lo que, por cierto, no impide que publiquen manifiestos de protesta por su destierro y hagan iracundas valetudinarias en los grandes rotativos. Los literatos nuestros son así: peregrinos, sumisos, ajenos a todo verdadero idealismo dinámico. Viven todavía, los precitos, encastillados en la famosa torre de marfil, sin fijarse en las telarañas que la cubren, ni en las grietas que van abriendo en ella las crecientes inquietudes de la humanidad.

Además, estos literatos nuestros son cobardes. Así, duramente, como suena. ¿Cuál de entre todos los que podían esgrimir la fuerza de un prestigio, cuál de los "maestros" alzó su voz condenatoria en 1920, cuando una tiranía tan burda como la de Primo de Rivera, pisoteó en nuestra tierra las libertades democráticas, saqueó bibliotecas, incendió hogares, violó mujeres y coronó sus desmanes reaccionarios con la muerte de Domingo Gómez, poeta y hombre libre? Está fresco aún el recuerdo: ninguno, para vergüenza nuestra, ninguno. Sin embargo, el caso era el mismo; sólo que entonces la tiranía estaba en casa y podía herir, y ahora se ejerce al otro lado del mar... En aquellos días, Unamuno, a quien sólo el aspecto humano del asunto podía interesar, protestó desde allá. Nuestros universitarios deben conservar todavía en su memoria agradecida, las palabras estimulantes que les enviara el hurano maestro de Salamanca.

Su actitud frente al Directorio Militar no podía, pues, sorprendernos. Rebelde a todo canon, a toda imposición, ya sea del dogma o de la lógica, a todo lo que signifique línea recta, este viejo gruñón y erudito ha hecho de su vida un magisterio de inquietud. Desconcertante por la inesperada multiplicidad de sus deducciones, contradictorio, paradójico, incansable él mismo y fatigante para los demás, se nos presenta como un místico caballero de la edad heroica, extraviado e inadaptado en medio de la cartaginesa civilización contemporánea. Es un creyente sin creencias lo bastante definidas y asentadas para constituir el sentido de una vida. La suya se consume en el altar de dioses desconocidos. No abre caminos ni se resigna, tampoco, a marchar por los que otros iniciaron. Por el contrario, los embrolla todos y sin saber adónde ir, sacudido por una atávica necesidad de acción, e inmovilizado por una duda ardiente, se entretiene en diseñar a grandes trazos los contornos vagos de su sueño.

No hay que buscar en sus libros otra cosa que reacciones violentas contra los hábitos comunes, y los conceptos fundamentales de doctrinas, instituciones y sistemas. Su obra es de crítica, y de crítica tornadiza, acerba, con mucho de la rudeza agreste de los vascongados. De las provincias del Norte han salido espíritus macizos y penetrantes. Basta recordar a Pío Baroja, el novelador de las existencias anárquicas y vagabundas, y a Ramiro de Maeztu, convertido, hoy día, por desgracia, en el lustra botas de los generales acartonados del Directorio. Unamuno es de esos hombres que viven en guardia, listos para herir, lanzando a diestra y siniestra desafíos bizarros. No está tranquilo ni en la soledad. El problema de sí mismo lo tortura hasta la elegía. A su alrededor contempla la tranquilidad rutinaria de las vidas vulgares, el regocijo truceño de los mediocres, el marasmo de un pueblo que un día conquistó imperios y hoy no es capaz de conquistar su propia libertad temporal y espiritual. Espectáculo triste, en verdad. Los curas, los bachilleres, los barberos han echado— como pedía Joaquín Costa para el sepulcro del Cid— doble llave al sepulcro de don Quijote.

He ahí la labor de la fe: reconquistar el sepulcro de Don Quijote; alzar sobre el materialismo democrático y la filosofía positiva, a ras de tierra, las grandes ideas y los grandes sentimientos; ennoblecer la vida y nuestras vidas. Labor ardua, como pocas. Nadie debe preguntarse si vendrá, por fin, la ansiada victoria. El único deber y el único derecho es luchar con toda el alma, arremeter, corazón en ristre, contra los molinos engañosos de la rutina, del prejuicio y del dogma. Esto es lo que recomienda Unamuno, y lo que practica. Las ventajas que hasta hoy ha obtenido no son despreciables: lo han llamado loco, vanidoso, posador; lo han condenado por real orden y lo han absuelto; luego, como a Víctor Hugo, y perdonésemle la alusión desmesurada, lo han desterrado a un islote cualquiera. No importa; esto no es lo peor de su suerte. Más que todo eso debe dolerse de los resultados ulteriores de su condena. Porque en casi todos los países— por supuesto que en el nuestro de manera especial— los que más han vociferado en comicios y asambleas, los que han firmado con fruición manifiestos y cartas públicas adhiriendo a su campaña, son los curas, los bachilleres, los barberos, los duques, los que él quisiera eliminar de la tierra para que se salve el alma de Don Quijote: el ideal.

## EL PROBLEMA DE TACNA Y ARICA

### Tacna y Arica y el militarismo chileno

Las informaciones de Washington nos dicen que está cercano el desenlace de la polémica entre Chile y el Perú, trabada hace ya tantos años sobre la posesión de Tacna y Arica. El pueblo chileno—y suponemos que también el peruano—se siente cansado de esta larga comedia, y con entera razón. La enemistad de los dos países es más ficticia que real, o más bien, si ella existe, está restringida a las esferas oficiales, encargadas en uno y otro territorios de mantener el falso fuego sacro de un patriotismo fácil que se ha empleado siempre sólo como un tópico oratorio y como palanca política. La masa no cree que sea vital para Chile la posesión de unos terrenos estériles que, si han producido algo, ha sido sin sabores, desazones y alarmas. Si se conserva o no Tacna y Arica para nuestro país, es un problema que no despierta en nuestra gente otra exclamación que su filosófico "¡qué más da!"

¿Cómo ha sido posible, entonces, tanta madería patrioterica en torno a este problema, tantas insistencias e intransigencias? Ya lo hemos dicho: el asunto de Tacna y Arica, aquí como allá, ha sido una manoseada arma política y se explica su mantenimiento en estado de insolución porque ningún genuino representante popular ha tenido jamás participación directiva en las negociaciones ocurridas entre ambos países. Examinemos con algún detenimiento ambos hechos.

No haremos, naturalmente, ninguna disquisición sobre el alma versátil e injusta de las muchedumbres, ya disecada por el pedantísimo Le Bon. Ya sabemos todos que a los pueblos se les engaña—como a los niños—con una bandera, una música, unas cuantas palabras interesadas y banales. La retórica de los propagandistas es clásica en este sentido. En Chile domina una sobriedad grande para expresarse, pero en ese terreno esta virtud se pierde en un océano de vulgaridades declamatorias que dan asco. Otro tanto ocurre, obvio es decirlo, en el Perú.

La capacidad política del problema ha quedado demostrada en las recientes elecciones generales. El candidato liberal a diputado por Santiago, Ernesto Barros Jarpa, impuesto dolosamente en el seno de su Asamblea, llegó a las urnas cobijado en el mérito de ser abogado de Chile ante el árbitro yanqui. No se esperó el fallo de éste para proclamar si la defensa de aquél había bastado a asegurar el posible triunfo de la causa. Y a más de la intervención gubernativa en su favor, descaradísima, se valió su candidatura del hecho indicado que—repetimos—no se sabe aún si será o no un mérito para su actuación internacional.

Veamos también algo de lo que sucede en el Perú. ¿Qué es Leguía, sino un tiranuelo de lo más vulgar? Sin embargo, cuenta con una gran opinión que le sigue, le admira y le defenderá seguramente de todo intento dirigido contra su gobierno de facto. El pueblo no está con él, pero en ninguna parte faltan patriotas—mejor sería decir patrioteros—que a un hombre así le creen salvador de su país y campeón de sus glorias y de su prestigio. El reivindicacionismo peruano, llorón y alharaquiento, obtiene y obtendrá, mientras las dificultades persistan, los sufragios de ciertas multitudes.

La posición de los dos países es distinta: uno es el vencedor, el otro es el vencido. El uno pide satisfacciones; el otro, al cabo de mucho tiempo, accede en principio a discutir sus títulos, tantas veces reputados injustamente como definitivos. Pero los fenómenos que acaecen en uno y otro países son, en esencia, los mismos. La dificultad internacional rebota en la política interna de Chile y del Perú en tan alto grado, que hoy, más que ser ésta una consecuencia de aquélla, es acaso la "justificación" de una actitud de odio recíproco de dos pueblos que no tienen por qué odiarse. Si este no es el motivo de muchas

actuaciones públicas de gobernantes de allá y de acá, al menos aparece como tal. ¿Habría otro, acaso, oculto en los entretelones del tinglado de las relaciones internacionales?

El problema se acerca ya, felizmente, a su fin. Pero hay una solución de él que no resolvería en realidad nada, hay una solución que no es tal solución. Nos referimos a que el árbitro declare procedente el plebiscito. Chile—es decir, el Gobierno chileno,—no podrá hacer en esta eventualidad otra cosa que dejar el problema en su situación actual, en el penoso statu quo de tantos años. El plebiscito no puede ser afrontado por el Gobierno chileno sino en determinadas circunstancias que aún no se han producido. ¿Qué probabilidad de triunfo tendría Chile en un referendum popular que no fuese controlado por su fuerza armada, es decir, presionado por ella? Creer lo contrario sería creer en la buena fe de un gobierno que ha demostrado no tenerla, al igual de todos.

Para el Gobierno chileno la posesión de Tacna y Arica es cuestión de orgullo, de tozudez, de ese espíritu reflejado en los versos tan conocidos:

Procure siempre acertarla  
el honrado y principal,  
pero si la acierta mal,  
defenderla y no enmendarla.

En "defenderla y no enmendarla" hemos pasado cerca de cuarenta años, negando sistemáticamente al Perú la satisfacción que pide con justicia. Así como por el mismo proceso se mantiene a Bolivia ahogada entre sus cumbres, sin salida propia al mar, empobrecida por su sujeción a las naciones que la rodean. ¿Qué importa que intinamente los gobernantes chilenos se hayan sentido convencidos de la necesidad de ser menos crueles con los vencidos de una guerra que se haría muy bien en olvidar totalmente? Hay que sostenerse: hay que "defenderla y no enmendarla"...

La política chilena en América precisa una seria rectificación, un cambio de rumbos definitivo. Es ya insostenible nuestra situación de perdonavidas internacional. No debe correr ya el militarismo feroz de que se acusa a Chile en el mundo entero con tanta razón. Es degradante para nosotros que, mientras en el Uruguay el pueblo entero se rebela contra un proyecto gubernativo de servicio militar obligatorio, soporte sin protesta alguna una ley militar de incisa dureza, con todas las consecuencias desgraciadas que para el exterior presupone el espectáculo de nuestra militarización. Y ya se sabe que el único motivo que hasta ahora tiene Chile para mantener su ingente presupuesto de guerra es el conflicto con el Perú.

Para romper esta cadena de causas y efectos—más bien círculo vicioso—no creemos que sea bastante la fuerza de unos cuantos gobernantes, por muy bien dispuestos que estén. (Y seguramente no lo están; hay que "defenderla y no enmendarla".) Si el pueblo todo no hace presente que es su voluntad inequívoca vivir en paz, dedicarse al trabajo, hacer lo posible por usufructuar con más provecho que hasta ahora de los dones naturales del país, olvidar viejas rencillas y orgullos tontos, no se hará, de cierto, nada. Mantendremos no más nuestro talante internacional de matones y conetaremos sobre nosotros el odio—ahora sí justo—y la sospecha de los pueblos de América. Y acaso algún día se nos llame a responder, ante el tribunal de la historia, de la paz turbada por nuestra arrogancia, incompatible con la verdadera fuerza de que alardeamos.

ALEJANDRO ALVAREZ G.

## A Manera de Preambulo

En el Africa hay enfermedades autóctonas que son sucias e irremediables; entre nosotros su equivalente es la política. La política puede, en nuestro país, hacerlo todo, menos lo bueno y lo justo; puede transformar a un agiotista en hombre honrado, prestigiándolo con situaciones de responsabilidad; puede dar patente de culto y talentoso a cualquier hospiciano con apellido de ablenzo; puede realizar sin asombro de nadie, inauditas transmutaciones de valores -personales y corporativos-, de principios y de intereses, sobre todo de intereses. El telón de fondo del juego político lo forman generalizaciones románticas, en las cuales, el político, por supuesto, no cree o cree poco. La soberanía republicana del pueblo, la libertad democrática, la igualdad justiciera, son, sin duda alguna, conceptos hermosos, pero, hasta hoy, entre nosotros, meros conceptos, meras palabras de efecto. En resumen, humo, nada. Y el verdadero pueblo, el gemiente montón de harapos y rebeladas empieza ya a comprender que todo lo que le cantan para las elecciones es mentira, que no hay democracia, que no hay libertad, que no hay nada. El privilegio colonial, la absurda e irritante desigualdad ante la vida y ante la ley, subsisten a pesar de los declamatorios postulados de la Constitución, a pesar del predominio de las ideas liberales, a pesar del tiempo que tantas cosas inútiles y malas se lleva. "Eso sería ayer- nos dicen algunos-; ahora las cosas van a cambiar. La oligarquía clerical ha muerto, el pueblo se ha impuesto por fin y va a reinar". Veamos someramente lo que ha pasado.

## La Oligarquía y el Arribismo.

Es motivo de admiración, para todo turista que nos visite, la estabilidad de nuestras instituciones públicas. De ella, deducen, que nuestras instituciones son excelentes, y que nuestro pueblo es un dechado de virtudes republicanas. La causa de nuestra apacible vida política debe buscarse, sin embargo, en otra parte: en la persistencia de una oligarquía activa y en la pasividad fatalista del pueblo. La primera, sacudió el tutelaje español, organizó el Estado y lo gobernó sin interrupciones desde O'Higgins, el soldado de la Independencia, hasta Sanfuentes, el hacendado sin escrúpulos. Los movimientos civiles que aveces -muy pocas- han sacudido nuestra historia, fueron disputas de banderías ambiciosas dentro de la misma casta oligárquica. Civiles y militares lucharon sorpresivamente en un principio, aquí, como en toda la América emancipada, por adueñarse del poder.

Triunfó Portales; y el partido pelucón, estableció en 1833 una Constitución definitiva, empapada de su espíritu autoritario.

Afirmaba Victor Hugo que una ley es un arma. Y un arma no vale por si misma, sino por la mano que la esgrime. En manos del Partido Conservador la Constitución del 33, fué un arma de represión violenta

sión violenta esgrimida contra los pipiolos que exigían mayor lealtad a los principios libertarios de la Revolución. La juventud ilustrada, los hijos espirituales de Quinet y de Michelet, agitaron la opinión contra el Gobierno. Se exparcieron ampliamente las verdaderas ideas liberales, y comenzó a apuntar en algunos espíritus la utopía social. Pero el pueblo no estaba preparado aún para comprender la prédica de tribunos ardientes como Bilbao, el agitador. Se movía sólo la espuma brillante de la sociedad; la multitud, la nación, permanecía en su quietismo tradicional. La crisis interna de la oligarquía dominante, el recelo de las facciones y de los partidos, se intensificó en 1891. El "casarismo democrático" de Balmaceda la amenazaba en sus ideas, desconociendo el valor de su supremacía, y de sus intereses, perturbando las combinaciones de la bancocracia.

Única revolución criminal, hecha por la oligarquía y para la oligarquía, interrumpió el desarrollo de la República, anarquizó las finanzas, empobreció el crédito,

El pueblo, por su parte, siguió a uno u otro bando, en calidad de comparsa, sin entender bien de qué se trataba. No comprendía las sutiles argucias del parlamentarismo. Para él, la Revolución fue el desorden, la violencia demagógica, el oscuro desenfren de los instintos. Mientras la oligarquía se perpetuaba en el Gobierno, el pueblo de las ciudades se perfeccionaba y se adoctrinaba. La miseria, las crisis industriales, abrían fácil camino a las ideologías socialistas. Comenzó así esa confusa germinación de la conciencia popular que alcanzó su intensidad máxima en las postrimerias de la administración Sanfuentes. Era un movimiento de finalidades confusas. Las ideas más autonómicas, los programas más diversos, los intereses más contradictorios convergían a él, y cooperaban a su expansión. En medio de los conceptos vagos y de la retórica estridente de los comicios, se precisaban objetivos: abolición de la oligarquía, democratización de las instituciones, justicia social.

Los anhelos informes de la multitud necesitaban un hombre que los concretara; las pasiones del pueblo necesitaban un tribuno que les diera orientación. Ese hombre y ese tribuno fue don Arturo Alessandri. Desde que comenzó su candidatura fue combatida acerbamente por los partidos conservadores, por lo que él, en sus arengas cotidianas llamaba: "Canalla dorada". Acompañándolo, estaban todos los elementos nuevos de Chile. Su triunfo no fue el triunfo de la Alianza Liberal, sino el triunfo de la voluntad popular; llegó a la Moneda no por la fuerza legal de los escrutinios, sino por la fuerza impositiva de las muchas sombras. La oligarquía conservadora, en tanto, aprestaba sus defensas. No habiendo podido triunfar en los comicios se preparó a obstruir desde el Senado. Las energías renovadoras que se esperaban del Presidente, no se manifestaron. Sólo en el último tiempo, cuando un amenazante desprestigio empezaba a cubrir la actual Administración, el señor Alessandri recobró sus bríos jacobinos de candidato,

Y ¿para qué? Para que en las elecciones triunfara la Alianza Liberal. El Presidente cree que con una mayoría homogénea en ambas cámaras podrá realizar los diversos puntos de su programa. Ya lo tiene, -y abrumadora- Los partidos oligárquicos y clericales han sido revolcados, deshechos, y al parecer, para siempre jamás. Los que gobernaban a Chile con criterio de capataces

o de sacristanes, los aristócratas roídos de pobreza y de catolicismo que se creían dueños del Estado. Todo eso está bien, muy bien. Hay que limpiar la República de cómicos morales, de frailes, de latifundistas, de agiotistas. Pero los que suben ahora, los novísimos reñedores del pueblo, ¿no serán como el lobo de la fábula, aquel que se cubría con una piel de oveja? Nuestros temores crecen al contemplar la nueva mayoría parlamentaria: masa amorfa, mal cliente, hacinamiento de mediocridades y de inmoralidades. Frente a ella, decimos, tenemos que decir: No!. Estos tampoco harán nada. Son como los otros, cotizables, mezquinos. Los otros representaban su apellido; éstos representan su ambición; aquellos eran el conservantismo; éstos son el arribismo. El pueblo no entra para nada en sus cálculos; hay que aprovechar los tres años, llenarse la bolsa, colocar a los amigos. Después, aunque venga el diluvio, no importa.

Todo esp pasará, tiene que pasar. Y es que la renovación de un país, el cambio de ideas directrices, la depuración de los hábitos cívicos, no se puede realizar de un día para otro. Es obra lenta de generaciones. Y se realiza en la escuela, en la casa, en el trabajo. Los políticos cambian las fórmulas, el aparato exterior, lo que es adventicio y decorativo; la transformación de espíritu de una sociedad -cambio de costumbres, renovación de conceptos fundamentales, purificación de sentimientos- corresponde a la escuela, a la cultura. Poco a poco, van aumentando los hombres libres, sanos y fuertes. Un día serán mayoría, y entonces...